

# Los amantes del mar



Nicanor Suárez Hernández



cuentos para la diversidad

14

Cuenta la leyenda que existió una vez otro continente, grande, hermoso y lleno de maravillas, que flotaba sobre las azules aguas del océano y donde sus habitantes, seres también fabulosos, eran felices y habían conquistado la paz y la sabiduría, conviviendo con los demás seres en completa armonía; su nombre era: Atlántida.

Cada mañana, cuando los primeros rayos del Sol comenzaban a despertar a las dormidas aguas oscuras, y los seres del mar empezaban su andadura diaria, una silueta se divisaba por la orilla de la playa, era Ancor. Todos habían hablado alguna vez de él porque Ancor era un joven diferente, aunque pocos lo conocían de verdad. Siempre andaba por la playa, solitario, ausente de la vida del pueblo, con la piel tostada por el Sol y el pelo largo y ensortijado de sal y caracolas. Ancor pasaba horas conversando con el mar y los habitantes del agua se le acercaban para danzar con él entre las olas, peces, delfines... todos eran sus amigos y en el pueblo decían que podía hablar con ellos, era por todo esto que la gente sentía admiración y miedo hacia Ancor pues las personas temen siempre lo que no conocen y el joven representaba para ellos un enigma.

Un día, los delfines tejieron con algas un trineo para así poder llevar a Ancor a conocer maravillas del mar, que para los hombres normalmente estaban ocultas: le mostraron la gruta de aguas de colores donde vivían las ninfas del mar; vio de lejos la caverna oscura donde nunca debía acercarse porque acechaban numerosos peligros y por último llegaron a

una pequeña isla de arena tan blanca como la harina y aguas cristalinas y templadas en donde apetecía quedarse durante horas. Ancor quedó maravillado por tanta belleza y se dispuso a recorrerla, había dado sólo unos pasos cuando de pronto de pronto quedó paralizado ante la imagen más fabulosa que había visto: de pie, frente a él, había un muchacho, su piel estaba sembrada de pequeños cristales de sal que le hacía resplandecer bajo el sol, su cuerpo parecía esculpido a golpe de ola, en su cabeza llevaba una pequeña corona de corales, perlas y piedras centelleantes y sus ojos eran de color verde esmeralda que al cruzarse con los de Ancor le hizo sentir en su cabeza el estallido del mar en los acantilados supo que acaba de enamorarse...

—Hola, soy Oxom, el hijo del Señor de las Profundidades. Dijo con una voz que parecía salir de miles de caracolas.

Ancor seguía paralizado y sólo pudo articular un par de palabras para presentarse.

—Este es el lugar donde mi padre quiere que me prepare— dijo Oxom.

—Prepararte, para qué?

—Mi padre quiere que me case, yo soy su heredero y en un futuro seré el Señor de las Profundidades como lo es ahora. Aquí he de esperar hasta el día de la boda que ha concertado con la hija de la Reina de las sirenas, Carío.

–Y tú la quieres? –preguntó Ancor, temeroso de que su recién encontrado objeto de amor fuera a decirle que sí.

–No, nadie en el mar puede querer a Carío, es bella y como todas las sirenas, canta hasta hacer enloquecer a los hombres, pero su corazón es oscuro y lleno de vanidad, desde su niñez ha sido complacida en todo por su madre y hoy se ha convertido en déspota y arrogante. Vivir por siempre junto a ella será un tormento.

Justo en ese momento, Oxom miró a Ancor y vio que a éste se le escapaba una lágrima y entendió que el joven compartía su dolor, que sus corazones se tocaban con rayos invisibles y que eran, de repente, importantes el uno para el otro. Y como pasa siempre a los enamorados, sus labios dejaron de hablar para decírselo todo con la mirada y los gestos y supieron que ya no querrían volver a separarse. Oxom le mostró la isla a su joven amado y lo obsequiaba con comida fabulosas que la corte de seres fantásticos del mar les preparaban, se sumergían en las aguas de la fuente mágica que nacía en el centro de la isla y cuyas aguas te hacían sentir más joven y fuerte y por las noches subían a las cumbres a contemplar el cielo y sus millones de estrellas, eligiendo como suya la constelación de Orión.

Pasaron así quince días de felicidad, que a ellos les parecieron quince minutos pero el tiempo sí había transcurrido y con él fue creciendo el rumor de los jóvenes amantes de la isla de arenas blancas y el viento y

las mareas lo arrastraron lejos y las criaturas del mar lo cantaban por todos los rincones, así que fue inevitable que las sirenas y el Señor de las Profundidades conociesen el amor de los jóvenes.

–¡No podemos tolerar esto! –gritaron las sirenas. Exigimos venganza.

Y el Señor de las Profundidades, enojado porque su hijo había desobedecido sus órdenes, estuvo de acuerdo y tramaron un castigo: atraparían a Ancory, lo condenarían con toda la rabia del mar y luego traerían a Oxom hasta el Reino y de inmediato celebrarían la boda como estaba pactado. El Señor de las Profundidades comenzó a remover las aguas con su poderoso brazo y poco a poco éstas se fueron oscureciendo y transformando en remolino gigante. A su vez las sirenas, comandadas por la Reina y por Carío, comenzaron a cantar su himno de guerra, que ascendió de la profundidades y encrespó a los vientos para generar la mayor tormenta nunca vista. Oxom y Ancor contemplaban cómo el horizonte se transformaba en una columna negra de nubes y rayos, el mar se empezaba a agitar y se acercaban olas de varios metros. Entendieron que debían escapar y los jóvenes cabalgaron velozmente sobre los delfines más grandes de la manada hacia la Atlántida, pero el Señor de las Profundidades se acercaba cada vez más. Llegaron a la isla y corrieron tierra adentro, subiendo los barrancos y atravesando los bosques. Sus corazones latían muy fuertes y aunque tenían mucho miedo sabían que estaban juntos y eso era lo más importante. De pronto el mar y el viento dejaron de rugir y se levantó una columna de agua oscura y sobre

ella estaba el Señor de las Profundidades. Todos en el pueblo estaban atemorizados ante aquella aparición. De repente el Señor de las Profundidades habló con una voz tan potente como cientos de voces que se pudo oír en todos los rincones de la isla: ¡Ancor, entrégate y no pasará nada y si no, lanzaré olas tan grandes a tu isla que comenzará a hundirse y terminará engullida por el mar!

Los jóvenes estaban abrazados y escondidos en un bosque junto a los acantilados y no se atrevieron ni a moverse, no entendían qué había de malo si lo único que habían hecho era amarse. El Señor de las Profundidades, al ver que no obtenía respuesta, hizo un gesto con sus brazos y de repente el mar se alzó a varios metros de altura y con otro gesto, lo lanzó sobre la isla, sepultando el pueblo de un golpe. Así una y otra vez y poco a poco la isla se iba hundiendo en el mar. Todo sucedía muy rápido y Ancor comprendió que algo debía hacer, así que miró a su amado Oxom y no necesitaron decirse nada más. Ancor se mostró al Señor de las Profundidades sobre le acantilado y le dijo: Aquí estoy, deja a mi gente y tómame a mí. El mar se detuvo de inmediato y todo se quedó en silencio, Ancor miró por última vez a Oxom y, de un salto, se precipitó al vacío mientras gritaba “ ¡Siempre te amaré! ” y las aguas lo engulleron. Oxom se quedó mirando hacia abajo, con las lágrimas brotando de sus ojos, pero cuando su padre le ordenó que volviera al mar, Oxom comenzó a emitir una luz, que cada vez fue siendo más y más

intensa y con una ráfaga de viento todos vieron cómo Oxom se elevaba transformado en espuma de las olas y fue a parar al mar.

Fue así como desapareció la fabulosa Atlántida y la leyenda cuenta que mis islas son las montañas más altas de la Atlántida que el mar no llegó a sumergir y desde donde se lanzó Ancor. Y existe aquí una roca que apunta como un dedo al cielo, y aunque todos la llaman de otra manera, yo sé que es Ancor transformado en piedra y señalando la constelación de Orión mientras Oxom, hecho espuma, pasa la eternidad acariciando a su amado. Y quizá los que hoy habitamos estas montañas sobre el océano tengamos en nuestras venas algo de Ancor y de su amor al hijo del mar.

# cuentos para la diversidad

1. A clase como si nada - Celia Díaz Pardo
2. Adolescencia - Juana Cortés Amunárriz
3. Artyon - Felisa Benítez Izuel
4. Boda en Regaliz - Fátima Verona Martel
5. Carlos y el fútbol - Roberto Ismael Castón Alonso
6. (Casi) como los demás - Juan Senís Fernández
7. Compañeras - Juana Cortés Amunárriz
8. De Kiev a la Alcarria - Miguel Ángel González Merino
9. Dos padres - José Luis Muñoz
10. El cumpleaños - Elena Verdi
11. Jarabes mágicos - Herminia Dionís Piquero
12. La princesa valiente - Arancha Sánchez-Apellániz Sanz
13. La tortuga Suga y el concurso de disfraces - Elena orión
14. Los amantes del mar - Nicanor Suárez Hernández
15. Luci - Juana Cortés Amunárriz
16. Max - Javier Termenón
17. Me quieren - Javier Termenón
18. Mi amigo Vania - Esperanza Mendieta
19. Mis tíos favoritos - José Antonio Cortés Amunárriz
20. Ni carne ni sopa - Pola Gutiérrez Alegre
21. Nicolás tiene dos mamás - Juan Carlos Manteca y Natascha Rosen
22. Sedna. Un planeta diferente - Lorena Castro Salillas
23. Un suspiro ha nacido - Noelia Verona Martel
24. Una familia diferente - Sergio Zeni Beni
25. Una familia muy especial - Juana Cortés Amunárriz
26. Villa Pared y Villa Sol - Emmanuel Vila Ibarlucea
27. Yo - Esperanza Fernández